



NUM. 2.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs., un año 80 rs.

MADRID 14 DE ENERO DE 1866.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO X.

REVISTA DE LA SEMANA.



ra fijemos los ojos en el espectáculo que ofrece nuestro actual estado de cosas, ora los volvamos fuera hácia lo que sucede en otros países, de todos modos se nos antoja empresa bastante árdua escribir una revista que interese á la generalidad de sus lectores.

Como presentíamos, la complicacion de los lamentables

sucesos que se iniciaron en la última semana ha venido á desviar la atencion pública de los asuntos de nuestro dominio, propios por su carácter de un periódico de la índole de EL MUSEO que aun en circunstancias normales, apenas toca al pasar ligeramente por cima de ellas las ardientes cuestiones de nuestra política interior.

—¿Qué hay?—¿Qué pasa?—¿Qué se dice?—¿Sabe usted algo? Hé aquí las únicas palabras que se han oido durante los últimos dias; la fórmula usual de salutación en todos los círculos; el prólogo y el epílogo de todas las conversaciones. Mientras ha durado lo que pudiéramos llamar el período álgido de la gran cuestion del momento cada ciudadano español ha sido una interrogacion ambulante.

Acontecimientos análogos á éste han producido en otras épocas una honda sensacion acompañada de temores, de esperanzas, de afectos graves, en fin, que han agitado el espíritu público de una manera seria y profunda; el presente, mas bien que otra cosa, puede asegurarse que ha obtenido un éxito de curiosidad sin ejemplo. ¡Húndase el mundo, parecian decir los curio-

sos, pero sepamos de qué modo se hunde y estaremos tranquilos! Como en la representacion de una de esas comedias de enredo, en que el autor se complace en burlar la perspicacia de los espectadores, ocultando los resortes á que obedecen sus personajes, el público solo se ha manifestado impaciente por conocer el desenlace de la fábula.

En esta situacion anormal, la hoja volante de un periódico de noticias, el extraordinario de *La Correspondencia* ó el suplemento de la *Gaceta* con los últimos partes recibidos por el telégrafo, consiguen que se echen á un lado como cosa de escasa importancia y poco momento el libro mas interesante, el semanario mas instructivo, la lectura mas deleitosa. Al oír los discordes gritos con que la turba de chicuelos que se derrama como un río que sale de madre por las calles de la coronada villa, anuncia la última novedad, el erudito levanta la vista del empolvado infolio que hojaba, tratando de indagar los secretos de otras edades, para saber lo que pasa en la suya; el sabio abandona el telescopio con que media las profundidades del cielo, para inquirir lo que sucede en la tierra; el artista desciende un momento del mundo ideal de la poesía para entrar en el de la prosa y todos á una voz preguntan saliendo del retiro de su gabinete: ¿Qué hay?

El MUSEO, que no frecuenta los círculos oficiales, ni los de los novelistas políticos, EL MUSEO, cuyas prensas no aguardan impacientes la última *filfa* para servirla palpitante aun á los consumidores, poco ó nada podrá decir á los que amantes de ese género de actualidades le salgan al paso con la pregunta este-reotipada en todos los labios. ¿Les extractaremos, por ventura, los partes telegráficos del órgano oficial del gobierno? ¿Quién no los ha leído ya? ¿Quién lo ignora? ¿Les hilvanaremos en la forma mas dramática posible las mil y mil absurdas noticias que circulan, producto de la fantasia de los noveleros de oficio que en estas ocasiones se despachan á su gusto? Tanto vale abrir el libro de *Las mil y una noches* ó el mas moderno de *Las mil y una barbaridades* y leer cualquiera de sus capítulos.

Lo repetimos, para satisfacer á ciertos curiosos, las publicaciones como la nuestra no son las mas abonadas. Sin embargo, hay algunos á quienes como á nosotros aflige el espectáculo de estas pequeñas miserias de la vida interior de todos los países; personas

que siguen con interés el movimiento general de la política del mundo, por cuanto ofrece un provechoso estudio y una saludable enseñanza, pero que no les gusta fijarse en estos enojosos pormenores; personas, en fin, que abstraídas en la contemplacion de las cosas grandes, de los problemas sociales y científicos que la humanidad trata de resolver, viven en una atmósfera mas serena, y no desvian un momento su atencion del asunto que les preocupa para ver el motin que pasa por debajo de sus balcones. Pocas son estas personas, pero para ellas escribimos, repitiendo al comenzar nuestra tarea, la famosa divisa. *¡Qui m'aime me suive!*

Y para apartar mas por completo la atencion de lo que pasa á nuestro alrededor, trasladémonos de un salto del lado de allá de los mares para venirnos aproximando poco á poco al punto de donde partimos.

En Chile la cuestion española se mantiene *in statu quo*: han tenido lugar algunas ligeras escaramuzas entre las tripulaciones de varios botes de los buques de nuestra escuadra y las de otros de los chilenos; pero las hostilidades no se han roto en forma, por mas que se ha echado á volar por algunos esta noticia: antes por el contrario, si hemos de dar crédito á la carta escrita por Mr. Bright al presidente de la asociacion de fundidores de cobre de Birmingham, en Inglaterra, se espera con gran confianza un próximo arreglo del conflicto. Ciertamente es que el partido demagógico hace esfuerzos increíbles para impedirlo, y hasta amenaza con una guerra civil; pero el gobierno de Chile no encontrando apoyo en el Brasil, Buenos Aires, Montevideo y Nueva Granada, que por el contrario le aconsejan la paz, tendrá que optar por este último extremo. La cuestion queda, pues, en el mismo estado de expectativa en que se encontraba, estado especial en que ha entrado igualmente la del Paraguay con la aceptacion por ambas partes beligerantes de un armisticio de dos meses.

En Méjico, por el contrario, á juzgar por los rumores que circulan á última hora, se encuentran en el principio del fin, el cual no tardará mucho si sale cierta la noticia de haber estallado una sublevacion en la capital del imperio. Napoleon, preocupado en la actualidad con el estado de alarma en que se encuentran los hombres de negocios de Francia, á los cuales no satisface la reciente Memoria de Mr. Fould, que en vano procura ocultar con flores los bordes del precipi-

cio, tendrá que atender á esta nueva complicación política, complicación en la que no dejarán de tomar parte, desempeñando un principal papel, los Estados Unidos, donde las ideas vertidas por Grant en sus discursos, se acogen con evidente entusiasmo.

Paris, *el cerebro del mundo inteligente* como le llaman sus admiradores, se preocupa también de esta cuestión, pero á pesar de todo no le falta tiempo para discutir cosas más fútiles y aun no se ha estinguído el eco de las acaloradas polémicas á que dieron lugar las representaciones de *Enriqueta Marechal*, cuando he aquí que sale á la palestra un nuevo asunto de controversias. Verdi trató de escribir una ópera con el mismo argumento del famoso drama de Schiller titulado *Don Carlos*.

Ocupándose de la comedia de los hermanos Goncourt ha dicho Kar cerrando el debate con su lacónica sententia.—Admito la fotografía en el teatro. *Enriqueta Marechal* es una prueba acabada del nuevo género: pero ya que sois fotógrafos no os deis tono de artistas.

Un distinguido crítico francés, á semejanza del reputado novelista, ha concluido la cuestión que se agita en torno á la futura ópera de Verdi con estas frases:—El *Don Carlos* de Schiller, el *Don Carlos* de la leyenda no existe. La crítica y los recientes estudios históricos lo han matado. Su resurrección sería un contrasentido hasta en el teatro de la ópera.

Hé aquí lo que más inmediatamente ocupa la atención de ciertos círculos, mientras en otros consultan llenos de sobresalto el horizonte de la política.

Afortunadamente en este continuo vaiven de los sucesos, cuando el horizonte se nubla en un punto, la tormenta que parecía próxima á estallar en otro, se desvanece como por ensalmo.

La situación de Italia ofrece un ejemplo palpable. Mientras en Florencia se complican los asuntos, merced á la doble oposición de la Cámara, á la cual no satisface de ningún modo el gabinete con tanto trabajo constituido, después de la última crisis, en Roma la aceptación por parte de Pío IX de los recursos con que el gobierno de Víctor Manuel se brinda á levantar en una razonable proporción la abrumadora carga de la deuda pontificia, ha abierto nuevos horizontes á la esperanza de algunos, que confían ver armonizados en un término más ó menos próximo, los intereses de la Iglesia y del nuevo reino italiano.

En Nápoles al menos debe tenerse fe en un desenlace feliz de la cuestión magna, cuando sus hombres más eminentes se ocupan en primer término de la organización definitiva de la Academia de ciencias morales y políticas que creada últimamente en aquella ciudad, promete ser una de las más notables de la península itálica, y á la cual el ministro de Estado ha pedido la dirección científica para un viaje de circunnavegación que va á emprenderse por cuenta del gobierno.

Hasta qué punto se realizarán estas esperanzas, no nos atreveremos á pronosticarlas por mas que en política nuestra divisa sea el conocido *Nihil admirare*.

Y en verdad que pocas cosas podrán ya parecernos imposibles en este terreno, cuando vemos que se habla como de asunto corriente en Turquía de sacar á la venta pública los bienes de las mezquitas; esto es, de llevar á cabo en uno de los países más fanáticos del mundo una medida económica semejante á nuestra desamortización eclesiástica, y cuando desvanecidos, al parecer, los insuperables obstáculos que á ello se oponían, vemos la nacionalidad húngara renacer vigorosa, armonizándose con la política de Austria, cuyos emperadores van á ser solemnemente coronados en Pesth.

En presencia de estos acontecimientos inexplicables esperemos á pesar de todo, que tanto fuera como dentro de nuestro país, las cosas tomen un camino diferente del que anuncian las fatídicas señales con que se ha inaugurado el año: esperemos que la apertura de los elegantes salones de la sociedad Madrileña, la animación de los teatros, la aparición de las obras literarias que se disponen, y el movimiento y la vida propios de la corte en la época que atravesamos, vendrán á hacer más fácil nuestra tarea, ofreciéndonos alguna novedad agradable.

Hoy con decir á nuestros lectores, que en algunos puntos se han constituido ya las juntas provinciales que han de disponer cuanto concierne al envío de los productos españoles á la exposición universal de Paris, que en otros se organizan bajo nuevas bases las comisiones encargadas de la conservación de los monumentos artísticos, y que en Madrid la escasa atención que el público presta á cuanto no atañe á la política, se divide entre la Harris que cada noche alcanza un nuevo triunfo en la *Sonámbula* y la compañía de cuadros plásticos de Mr. Farriols que ha conseguido ser recibida con aplauso en la Zarzuela, podemos poner punto al catálogo de las novedades de esta semana, una de las más llenas de emociones y acontecimientos, y sin embargo, la más estéril para nuestra revista.

Por la revista y la parte no firmada de este número.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

DE LA NAVEGACION DE LOS FENICIOS

AL AFRICA.

¿Los fenicios dieron en efecto la vuelta al Africa? Este hecho de un interés tan grande para la historia y la geografía no se ha resuelto aun de un modo cierto, á pesar de las numerosas disertaciones de que ha sido objeto. Los eruditos tienen acerca de esto dos opiniones distintas; los unos han creído que los fenicios daban siempre la vuelta al Africa, y los otros, por el contrario, han sostenido que esta navegación atrevida era una empresa materialmente imposible para los antiguos, y que el viaje indicado por Herodoto no debe considerarse más que como una mera fábula. Considerándolo bien, estas dos hipótesis son demasiado absolutas, y creemos que siguiendo la opinión de un célebre escritor extranjero, puede adoptarse un término medio entre ambas. Es de creer que la narración de Herodoto es completamente verídica, y que los fenicios han dado en realidad la vuelta al Africa, pero no hemos de figurarnos por esto que hicieran con tanta frecuencia este viaje, como le hacen los pueblos modernos; es posible también que los obstáculos inherentes á una empresa tal, hayan desalentado á los navegantes después de tentativas infructuosas y que los fenicios enviados por Nechos fueran los únicos que realizaran un viaje que en tiempos tan remotos tenía algo de extraordinario y aun de novelesco.

La realidad del viaje de los fenicios se ha combatido con mucha erudición y lógica por un geógrafo distinguido, por el difunto Mr. Gosselin de la Academia francesa, el cual en una memoria que leyó en dicha corporación, trató de probar que la relación de Herodoto con respecto á la pretendida navegación de los fenicios alrededor del Africa, no era más que un cuento absurdo que no podía sostener el exámen de la crítica. Examinemos, pues, las razones que se ha creído que podían alegarse para fijar la falsedad de la narración de Herodoto, y trataremos de contestar á todas ellas siguiendo en todo la opinión del erudito Mr. Quatremere.

En primer lugar se ha dicho si era natural creer que los fenicios no teniendo á su disposición mas que navíos de mucha menor importancia que los nuestros, y no conociendo el uso de la brújula, podían efectuar un viaje tan espuesto como es el de dar vuelta á la península del Africa. En cuanto á esto, diremos repitiendo las palabras del autor ya citado, que acaso nosotros no apreciamos como debiéramos hasta qué punto la experiencia y la audacia en los navegantes pueden compensar la falta de solidez de sus embarcaciones. Tengamos en cuenta que los normandos en la edad media llevaron á todas las costas de Europa el terror de sus armas, y que sin embargo, no se servían más que de embarcaciones bastante frágiles, mas propias en realidad para navegar en los rios que para lanzarse á los mares borrascosos del Norte, y sin embargo, montados en tan frágiles embarcaciones, estos aventureros intrépidos se lanzaban al mar desafiando las tempestades del Océano, y llegaban hasta el Mediterráneo, pareciendo burlarse de los peligros y de la muerte. En los siglos IX y X de nuestra era, los dinamarqueses, los noruegos y los islandeses luchando con los mares más tempestuosos habían descubierto una parte de la Groenlandia y del América, estableciendo colonias florecientes en el primero de estos lejanos países. Por otra parte, los malayos, no teniendo á su disposición mas que barcas ligeras, habían recorrido todo el Océano del Sur en épocas remotas y habían poblado las islas que están diseminadas en toda la extensión de este vasto mar. Por estos ejemplos á los que podrían aun añadirse otros muchos, se comprende fácilmente que marinos intrépidos han podido emprender y ejecutar los viajes más largos y más peligrosos en embarcaciones frágiles y sin el socorro de la brújula.

Las ciudades de Tiro y de Sidon no tenían más que puertos pequeños, incapaces de contener á la vez un gran número de buques; por consiguiente, los navíos fenicios estaban casi siempre en el mar. Las costas no ofrecían casi por ninguna parte tierras de cultivo, por lo cual, el único recurso de los habitantes era entregar al comercio y á la navegación. No tiene, pues, nada de particular que hombres que probablemente desde su infancia vivían en el mar y en un mar tan agitado como el Mediterráneo, se hubiesen familiarizado con este elemento y hubiesen adquirido el valor necesario para desafiar los peligros y una destreza admirable que los ponía en el caso de saber dirigirse en medio del Océano á pesar de la imperfección de sus instrumentos y de sus métodos náuticos. Los establecimientos que los fenicios habían formado en Tarteso y en Cádiz, indicaban de un modo suficiente el proyecto que tenían de extender sus descubrimientos y su comercio al Océano Atlántico, y no hay motivo ninguno para creer que habiéndose atrevido á dirigirse hácia el Norte para ir á buscar el estaño de Cornualles y el ámbar amarillo del mar Báltico, hayan dejado de visitar las costas occidentales del Africa, que ofrecían á su tráfico polvo de oro, marfil, y una multitud de géneros preciosos, cuya venta debía hacer entrar sumas inmensas en el tesoro de Tiro.

Además, respecto á esto, tenemos un hecho positivo; Estrabon refiere que los fenicios habían fundado en su costa occidental del Africa trescientas ciudades que destruyeron los pharusios, pueblo bárbaro de aquellas regiones. Es indudable que la palabra ciudad no debe tomarse aquí á la letra; según todas las apariencias, estos establecimientos fenicios no eran más que puntos de comercio, factorías; pero puede suponerse con mucha probabilidad de acertar, que estos establecimientos no se hallaban los unos al lado de los otros, sino que estaban dispersos en una vasta extensión de terreno para dar al comercio un desarrollo inmenso. Se puede creer, pues, que los establecimientos fenicios en esta parte del mundo se prolongaban hasta cerca de las costas de Guinea. Es de suponer que un buque en cualquiera de sus viajes á alguno de los puntos del Africa se vió impelido por las corrientes y los monzones hasta el cabo de las Agujas y que el piloto que dirigía aquella embarcación, advirtiendo que la costa se volvía bruscamente hácia el Oeste, comprendería que el Africa era una península á la que se podía costear, y esta observación consignada en los archivos de Tiro y conservada por la tradición, daría al rey Nechos de Egipto, la idea de querer resolver este problema tan interesante para la geografía.

Se dirá también que cómo los fenicios pudieron doblar tan fácilmente el famoso cabo de las Tempestades, que durante mucho tiempo opuso un obstáculo insuperable á la intrepidez de los portugueses y que nuestros navegantes no doblan á veces aun en la actualidad, sin grandes esfuerzos y peligros. A esta objeción se puede contestar recordando que en un elemento tan caprichoso como el mar, se presentan una multitud de azares que unas veces están en contra, y otras á favor de los navegantes. Cuando Magallanes descubrió el estrecho que lleva su nombre, pasó del mar Atlántico al Océano del Sur con una facilidad que admira con razón, si se considera que el paso de este estrecho exige con frecuencia meses de navegación peligrosa y llena de fatigas. No hay nada que nos impida creer que los navegantes fenicios han podido tener una de estas casualidades afortunadas que les permitiera doblar sin accidente el terrible cabo que forma la punta meridional de Africa; además en la realidad no sabemos si estos marinos intrépidos no han tenido que vencer grandes obstáculos por una destreza y un valor prodigiosos.

El espacio de dos años que los fenicios empleaban para dar la vuelta al Africa hasta la entrada del estrecho de Gibraltar, sería sin duda alguna un término demasiado largo para nuestros viajeros modernos, pero no nos parecerá así si consideramos la época en que se hacían estos viajes y las dificultades de toda clase que debían encontrar en su camino navegantes que iban en cierto modo á la ventura por mares desconocidos, sin tener á su disposición ni brújula ni los demás recursos que las mejoras del arte náutico ofrecen en abundancia á nuestros marinos. Además es preciso recordar que según el testimonio espreso de Herodoto, estos fenicios que en una travesía tan larga tenían necesidad de renovar sus víveres, se detenían diferentes veces en la costa de Africa para sembrar granos y hacer la recolección de ellos.

Una de las objeciones que se han hecho contra la autenticidad de esta narración se funda en las palabras primavera y otoño empleadas en el texto de Herodoto, diciendo que en el hemisferio austral las estaciones no corresponden de ningún modo á las del nuestro y que por lo tanto un error grosero era la causa de que el inventor de esta falsedad se descubriera por sí mismo; pero esta objeción no parece tener una verdadera importancia, puesto que el historiador griego emplea estas palabras en un sentido relativo y no de un modo absoluto, espresando con ellas las estaciones que en el hemisferio austral corresponden á la primavera y al otoño de nuestro hemisferio. En cuanto á la aridez de la relación, hay que considerar que nosotros no poseemos el original, y además que esta aridez es probablemente una prueba de su verdad, pues si la narración hubiera sido falsa, su autor no hubiera dejado de embellecerla con aventuras que escitaran el interés de los lectores; solo la verdad puede estar sin tales adornos, contentándose con esponer los hechos en toda su sencillez. Las expediciones marítimas de los antiguos no se hacían tampoco como en el día, llevando diferentes personas versadas en los distintos ramos de las ciencias, sino que en general las llevaba á cabo un piloto hábil en todo lo relativo á su profesión, pero poco versado en los demás conocimientos humanos.

Se ha dicho también que si los fenicios dieron la vuelta al Africa, cómo los filósofos de la escuela de Alejandría, se atrevieron á admitir una zona de tierra que iba á reunirse al Africa, conteniendo al Mediodía el Océano Indio. Semejante objeción prueba que no se ha reflexionado bastante acerca del carácter humano. ¿Cuántas veces no ha sucedido principalmente en geografía que la ciencia sistemática no solo ha impedido los progresos de la ciencia positiva, sino que la ha hecho retrogradar de un modo notable?

Aun en nuestros días hemos visto muchas veces hombres de verdadero mérito que rehusan admitir hechos apoyados en testimonios numerosos é irrecusa-